

NOTA DEL AUTOR

Este libro es el resultado de varios años de lectura y revisión de la obra de Carlos Pellicer Cámara, el poeta que atrae a simple vista por su verso luminoso y seductor. A partir de una breve intervención en un congreso de 1992 en Barcelona, sobre la luz en la poesía de Pellicer fui siguiendo sus huellas; lo más visible era que se habían escrito decenas de notas y artículos, muchos prólogos a sus epistolarios pero escasos libros que entraran a su universo poético tan variado y prolífico. La crítica coincidía en afirmar que Pellicer era uno de los poetas más sólidos y nada más. Pensé que valía la pena arriesgarse a revisar su poesía que comenzaba con *Colores en el mar y otros poemas* (1921), el primer paso de un poeta que todavía escribe bajo la influencia del modernismo, guiado por Rubén Darío, Díaz Mirón y López Velarde, y terminaba con *Cuerdas, percusión y alientos* (1976).

Mientras que *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924) le servía a Pellicer para cantar a los montes, los valles y los mares latinoamericanos, a sus héroes y sus luchas, mitos y caídas; *6, 7 poemas* de ese mismo año y *Hora y 20* (1927) y *Camino* (1929), eran títulos que ponían el verso de Pellicer en una dimensión original, no explorada por la poesía mexicana, y aparecía el peregrino que camina por ciudades y países buscando su estrella. Se colocaba en la ruta de las vanguardias de los años veinte y se afianzaba como un poeta excepcional, seguro de su oficio.

Su poesía era radiante y religiosa, civil y elegiaca, pero su originalidad venía de su relación intrínseca con las artes plásticas, sobre todo con los impresionistas; había un rincón de este escritor que era preciso conocer y explorar: el de su prosa. Vasta y precisa, es sin duda una escritura al margen que el poeta pulió y dejó como testimonio

de su pasión por la crítica de arte y literaria, el discurso social y político, el artículo sobre museografía y las culturas prehispánicas, además, había producido epistolarios ejemplares.

Su vida era un largo itinerario que había comenzado en la ciudad de México en 1908 en vísperas de la Revolución, y a partir de ese momento el joven se relaciona con maestros, poetas, escritores y artistas. Mirando a ese poeta en ciernes, el lector puede descubrir que su destino estaba quizás ya marcado, pues escribía sin descanso y pronto conquistó el mundo de las letras hispánicas y creó una nueva sensibilidad en la poesía mexicana. Inicialmente pensé que escribiría una biografía extensa que diera cuenta de los pasos de Pellicer, desde el primer aprendizaje, el desarrollo y la cima que escaló, hasta su muerte. Pero fui viendo que el personaje es interesante y prolífico, un ser en movimiento que se escapa, un producto de las paradojas de su tiempo, y me dediqué a narrar su vida, pero a través de sus viajes. De ahí que la primera parte de este trabajo se llame “Apuntes biográficos”, que subraya aspectos decisivos de su familia, su tierra, luego los pasos iniciales en la ciudad de México y la forma en que se liga con los Contemporáneos. “Viajar, poetizar lugares” es la segunda parte, en la que trato de seguir al poeta a través de lo que fue escribiendo en Aviñón, París, Ámsterdam, Florencia, El Cairo, y otros países y ciudades: apuntes, largas cartas, poemas, artículos y discursos. La tercera, “Retratos ejemplares”, es un acercamiento crítico a tres niveles decisivos de la escritura pelliceriana. El primero, el que dedica a quienes consideró héroes de la poesía y de la lucha civil, Simón Bolívar, Rubén Darío y José Vasconcelos. El segundo nivel reconstruye el alma de los que Pellicer vio como seres queridos y artistas entrañables: José Clemente Orozco, Diego Rivera, José Guadalupe Posada, con el paréntesis que propicia la escritura que le inspiró la sensibilidad de Frida Kahlo (1907-1954); a raíz de su muerte el poeta tabasqueño se derrama en imágenes nítidas de la vida y el arte de esta gran mujer, convertida en leyenda y en mito de la liberación femenina. “La casa de Frida Kahlo” (1955) es una descripción de la casa de Coyoacán de esta artista infatigable que Pellicer admiró y amó. En ese apartado me dedico también a revisar la

vocación del poeta por el mundo prehispánico, y la forma como se convierte en una especie de “Chamán del trópico” debido a su tendencia por reivindicar la selva y el paisaje tropical. “Y mi juventud un poco salvaje/ que sienta bien al paisaje”; esta juventud la desarrolla más tarde cuando habla y se autonombra iguana y pez, árbol de caoba y selva, que mezcla con los elementos telúricos, mágicos y con la energía que hay en la atmósfera.

Basta asomarse a los títulos que Pellicer escribió y fechó en diversos países para empezar a entender el significado que le dio a sus propios textos como viajero que mira otras culturas y otros hombres, y los transforma. “Soneto a causa del tercer viaje a Palestina” está fechado en Monte Tabor, Palestina 1929; “Variaciones sobre un tema de viaje”, en Aviñón, Provenza, 1926; el “Tríptico” que son tres sonetos a los que sobretituló “En Atenas”, “En Esmirna” y “En Chipre”, 1926; su “Nocturno de Constantinopla” fechado en esa ciudad en 1926; su ya clásico grupo de poemas bajo el título de “Semana holandesa”, de ese mismo año; “París, canción de primavera” dedicado a Roberto Montenegro, también de 1926. “A la poesía”, Siracusa, 1928; “Envío”, fechado en Agrigento y en el mar Jónico, 1926; “Estudio”, Jafa, 1927. Y la lista es interminable porque desde joven salió de México a Sudamérica y luego no paró de caminar por el mundo como un peregrino que cree en san Francisco, el santo que lo guía y le inspira la fe en la vida, en la humildad y la creación.

Pellicer escribió sin tregua cantidad de textos en los que expresa su visión del hombre, su pasión política, el sentido que tenía de la amistad, lo que entendía por poesía y la forma como concibió a los artistas del siglo xx. Sin embargo, hay otro Pellicer menos explorado y más llamativo: el poeta de los héroes americanos. Con todos estableció un diálogo sin precedentes en la literatura mexicana. Mantuvo una abundante relación epistolar con José Vasconcelos, Germán Arciniegas, José Gorostiza, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Genaro Estrada, y muchos más, y fue amigo de Salvador Novo, el Dr. Atl, Frida Kahlo y Diego Rivera, Carlos Chávez, Octavio Paz, Roberto Montenegro, etcétera. Explorar esta zona poco estudiada del poeta de *Hora de junio* (1937) me parecía imprescindible para introducirse al mismo tiempo a su universo poé-

tico, al poeta y su prosa espléndida, tan extensa como sus poemarios, que empezó a escribir desde muy joven.

La escritura que me pareció importante estudiar fue la que se encuentra en los variados y frondosos epistolarios de Pellicer, que se han recopilado precisamente para el placer y el análisis de sus lectores. El que le dedicó a José Gorostiza, su gran amigo y confidente, su colega y paisano, el gran poeta de *Muerte sin fin* (1939) es una pieza delicada que permite aproximarse a los ambientes culturales de los años veinte y treinta de México y otros países, dejando la puerta abierta para recorrer la intimidad del poeta, sus dudas, sus caídas y sus soledades. Y otro, inigualable en su estilo y su ironía, es el que recopiló Clara Bargellini, *Cartas desde Italia*, en el que Pellicer aparece en toda su diversidad humorística y su sabia mirada para contemplar el arte de los pintores italianos del Renacimiento, el Barroco, el arte clásico y el moderno. El poeta es un observador de las rutas del mundo, también un lector atento de las obras de arte que asombran a la humanidad y no solamente las mira y acaricia sino que las asume para transformarlas en versos. En sus poemas, de principio a fin, aparecen muchas figuras conocidas que exalta y sacraliza: Cristo, san Francisco, Quetzalcóatl, Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Simón Bolívar, que lo convierten en el poeta civil y religioso de su generación. Pero también echa mano de muchos artistas y de ciudades de Italia y otros países; escribe una y otra vez sobre hechos históricos como la audacia de Hernán Cortés y sus hombres, la conquista de México, la toma de la Gran Tenochtitlán y la inocencia de Moctezuma, los mitos y la vida cotidiana de olmecas, aztecas, mayas, toltecas y zapotecas. También “retrata” con su pluma y su mirada infinita a Ho-Chi-Ming, y al Che Guevara, que forman parte de su canon estético y político.

Las cartas de Pellicer suman cientos, tal vez miles, y representan una fuente exquisita y diversa para entender las rutas que fue tomando su poesía. No son comunicaciones que a veces el amor impulsa, o informes que enviaba de otros países a sus padres y a su hermano, radicados en México, tampoco manifestaciones confidenciales que él expresaba a sus amigos íntimos, ni intercambios nada más de opi-

niones a un funcionario mexicano al que debía una parte del viaje. Fueron escritas principalmente como un desahogo de su vida diaria en ciudades lejanas bajo el peso de la distancia y la conciencia de la necesidad de escribir para conjurar la soledad. Y tal vez para evadir el injusto mundo que cada instante le producía más asombro. En su trayecto poético se revela el franciscano de corazón, y el católico prudente y sereno que cree en Dios y en la Virgen sin volverse fanático, y el bolivariano que repudia el materialismo que despoja al hombre de su ser y enarbola la bandera de la redención americana.

Cada uno de los cientos de poemas que el poeta tabasqueño escribió a lo largo de su vida es un río de voces entrecruzadas, de imágenes que se combinan con el erotismo, la sensualidad, las mareas y el mar, el paisaje, los colores y los sonidos de la naturaleza, la luz del crepúsculo y la luz solar, las ciudades y las plazas, los puertos y las capitales que vio en sus interminables viajes. En el centro de su quehacer literario se encuentra la música, es decir, la poesía. “Poesía, verdad de todo sueño, / nunca he sido de ti más corto dueño / que en este amor en cuyas nubes muero” (Pellicer 1994: 236).

Como en toda investigación que se lleva a cabo durante años, *La esfera de las rutas. El viaje poético de Pellicer* tiene un antecedente: *Pellicer, poética de la luz* (2007), un libro que lo precede; ambos caminan en una misma dirección que es hurgar a fondo en el sentido y la orientación de su escritura; por supuesto que se juntan y a veces he tomado de aquél algunos fragmentos –sobre todo de los dos primeros capítulos– con la finalidad de captar la prodigiosa capacidad de Pellicer para cantar en verso y en prosa la aventura del hombre en este mundo de pesares e injusticias que él intentó cambiar. Como buen seguidor de san Francisco, Pellicer unió a su humildad –económica, verbal, amorosa y humana– la convicción de que América debía emanciparse de todo tipo de yugo –el de España, el de Estados Unidos, el de las potencias imperiales– social y espiritual de su pasado y tomar la bandera de Simón Bolívar.

El lector tiene en sus manos un itinerario poético y biográfico de Pellicer que he seguido a través de su prosa luminosa, evidentemente una extensión de su poesía. Y también basado en sus poemas viaje-

ros que escribió en tantas ciudades del extranjero, que fechaba y ubicaba con método ejemplar. Esa prosa alcanza a subir a revelaciones inesperadas en las cartas que le escribió durante más de diez años, entre 1915 y 1925, a Esperanza Nieto, la muchacha que el joven poeta conoce casi una niña y la va asediando de versos, declaraciones verbales, y una infinidad de cartas. Este material ofrece una de las constancias de amor idílico, a distancia, más desenfundadas de la literatura hispanoamericana del siglo xx. El bombardeo amoroso fue en verso y en prosa; por tierra, en Villahermosa, y por aire y mar, viajando y cruzando océanos, en realidad a través de las palabras; en Pellicer, la poesía es el verbo, la prosa el predicado. Esperanza fue su musa y su Beatrice que condujo al poeta al infierno. La amó sin medida. Y la pidió en matrimonio sabiendo que jamás la desposaría, mientras tanto ella tuvo que convertirse a la religión católica mediante el bautizo. Increíble ante el novio que desaparecía y no podía ver, la “divina Esperanza” rompió el lazo y se casó. Pero el poeta la había divinizado en sus noches y en sus versos.

Un libro está hecho de muchas cosas, alegrías y temores, de constancia, pero sobre todo del esfuerzo compartido con quienes el autor cruza opiniones, informaciones, lecturas, viajes, y teje su vida cotidiana entre bromas y tertulias. Por eso, cito a quienes estuvieron directamente relacionados con esta investigación y a los que sólo de manera indirecta. Quiero agradecer a Carlos Pellicer López su generosa contribución en el desarrollo de este trabajo; a Lácides García Detjen, su inmensa colaboración para la publicación del libro; a Ramón Bolívar, Marco Antonio Acosta y Bruno Estañol, tabasqueños de amplios horizontes literarios; a Marco A. Ramírez en la corrección; Hernán Lara Zavala, Margo Glantz, María Teresa Miaja, a Vicente Quirarte que me permitió entrar al archivo de Pellicer en la Hemeroteca de la Universidad Nacional Autónoma de México; a Sara Poot, Rosa Beltrán, Michael Schuessler, Luis Miguel Aguilar, Héctor Aguilar Camín, Eduardo Bernal, Luis Barjau, José Manuel Pintado, Stella Wittenberg. También a mis hermanos, Rosa María y Carlos, a Tania y Álvaro José, que se inventó el título.